



EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA: ALGUNAS CLAVES DE LECTURA TEOLÓGICA

ANTONIO ARANDA

La expresión «lectura teológica», si se entiende como lectura hecha desde una mentalidad y unos hábitos intelectuales teológicos, nunca es una simple fórmula inintencionada. Nunca tiene un contenido, por así decir, aséptico. Posee, por el contrario, una intencionalidad precisa dentro de un universo intelectual determinado: una referencia a un horizonte de significado.

Del *Catecismo de la Iglesia Católica* cabría hacer al menos dos lecturas teológicas, en conformidad con la atención primordial que el lector preste a uno u otro de los dos grandes centros de atención —ambos teológicos y teológicamente analizables— del libro: su naturaleza y su contenido. No son, en realidad, elementos separables, pues el libro se especifica por ambos al mismo tiempo, pero la lectura puede estar más intensamente orientada hacia uno u otro, dando así origen a análisis de factura distinta.

Una lectura que, desde la perspectiva de un especialista, se centre de manera primordial en el análisis de *los contenidos* tenderá fundamentalmente a discernir y juzgar los elementos susceptibles de crítica teológica que en el documento se encuentran. Tal análisis pedirá considerar antes en el *Catecismo* su dimensión doctrinal, e incluso su carácter teológico-científico, que su intencionalidad pastoral y su condición de documento magisterial. Ya han aparecido algunos trabajos de esa naturaleza referidos a alguna de las partes del *Catecismo*, y es de suponer que aparecerán otros.

Una lectura que, por el contrario, centre primordialmente la atención en *la naturaleza* del *Catecismo* orientará su juicio a partir de la consideración de la mencionada intencionalidad pastoral y del carácter magisterial del texto. Si en la otra lectura el acento debe ponerse en la estructuración formal del libro (cómo se ordenan los contenidos, cómo son desarrollados, qué se subraya...), en ésta ha de recaer más bien en la consi-

deración de su finalidad, origen y destino, es decir, en la identidad del texto a partir de la intención del autor (la Iglesia) y del destinatario (esencialmente los católicos). Este segundo es, a mi entender, el tipo de lectura que mejor se adecúa a nuestro texto, y a él se refieren las claves teológicas sobre que vamos a reflexionar.

La entraña teológica del «Catecismo de la Iglesia Católica»

Entre un libro de contenido doctrinal y un lector que lo contempla con mirada teológica siempre se establece una relación intelectual honda, y hasta una cierta especie de intercambio. El lector no sólo recibe algo en su contacto con el libro, sino que tiene también sobre él una capacidad en cierto modo conformadora, pues su «mirada» o como venimos diciendo su «lectura» es capaz, aunque no afecte a la materialidad del texto, de «transformarlo» de acuerdo con sus particulares inquietudes, posiciones o puntos de vista intelectuales. El lector no sólo recibe contenidos, sino que pone, y al mismo tiempo descubre, sentidos. Ocurre esto en cualquier campo, pero especialmente en un terreno como el teológico donde libro y lector están girando —separadamente antes del encuentro de la lectura, conjuntamente en ella— en torno a realidades infinitamente superiores a ambos, que no comienzan ni acaban en ese texto y en la mirada de ese lector, sino que tienen entidad propia, sólo limitadamente expresada en lo que poseen y aportan uno y otro.

Pero, además, no todos los textos referidos a esas realidades (los misterios revelados) poseen la misma naturaleza, por lo que no cabe tampoco dirigir sobre ellos una mirada indiferenciada. Hay textos genéricamente teológicos —manifestadores como tales de realidades teológicas, dotados de una forma de lenguaje común, de unos términos y conceptos específicos...— que distan notablemente entre sí, que son de especie distinta porque pertenecen a planos diferentes de manifestación y enunciación de dichas realidades. Los textos bíblicos, por ejemplo, los textos litúrgicos, los textos magisteriales son todos ellos textos pertenecientes al universo teológico y ninguno de ellos es simplemente un texto teológico. No se compadece su naturaleza teológica con una mirada o una lectura teológica indiferenciada, sino que piden una específica que sea respetuosa con su ser objetivo.

Este *Catecismo de la Iglesia Católica* tiene su propia naturaleza teológica, que nuestra lectura debe esforzarse en preservar y en no transmutar.

Es un texto genéricamente teológico, pero desde luego no es un compendio de teología, no es un manual de enseñanza, no es una presentación «aggiornata» de una teología más o menos «oficial»... Es sencillamente un *texto catequético*, «que contiene las verdades esenciales y fundamentales de la fe y de la moral católica, formuladas de la forma más completa, clara y sintética posible»¹.

Es un texto de naturaleza catequético-magisterial, dirigido básicamente a la transmisión autorizada de la doctrina de fe, es decir, a la enseñanza del depósito doctrinal y moral de la Iglesia. Este término: «depósito», y la noción que encierra al utilizarlo en ese sentido, habla ya elocuentemente de la particular naturaleza teológica de nuestro texto. Ha sido elaborado, aprobado y publicado con la precisa intención de *testimoniar* el contenido sustancial de los misterios sobrenaturales que la Iglesia profesa en su confesión de fe y celebra en su liturgia, los que vive y enseña a vivir conforme a su patrimonio moral, sobre los que fundamenta su oración filial.

Conforme a esas coordenadas indicativas de la naturaleza del texto debe realizarse nuestra aproximación teológica a él, nuestra «lectura», preocupada ante todo de respetarla. Dentro del universo teológico en el que giran todas las realidades que conforman la riquísima vida de la Iglesia, universo al que pertenece plenamente el *Catecismo* por su contenido, su lenguaje, su estructura, su finalidad, ésta última le sitúa en un plano orbital determinado: el de las formulaciones testimoniales propias del *munus docendi*, dotadas de autoridad y autenticidad específicas, siempre de naturaleza distinta y superior a la de los enunciados de cualesquiera autores particulares. Y esto no es, en mi opinión —por lo demás amplísimamente compartida—, postura teológica discutible sino base teológica firme.

El caudal de información pública sobre el proceso de elaboración del *Catecismo* es muy notable, pues se ha trabajado de principio a fin a la luz del día. Se conocen quienes han constituido las diversas comisiones de trabajo, los criterios con los que han actuado, las etapas del proceso... Y eso mismo ha hecho patente ante los ojos de todos dentro y fuera de la Iglesia que el *Catecismo* es, efectivamente, *de la Iglesia Católica* y no de un autor o grupo privado de autores. Esto es signo y confirmación de la naturaleza teológica del texto. No expresa, en consecuencia, unas formulaciones teológicas de carácter restringido que pudieran ser analizadas como se analiza el pensamiento de un autor. El *Catecismo* es un hecho teológico eclesial

1. Palabras del Cardenal Ratzinger en la presentación del *Catecismo* a los medios de comunicación, una vez aprobado el texto por el Papa (26.VI.92).

y no un mero hecho teológico cultural, y debe evitarse por todos los medios la tentación de dirigir sobre él una mirada transmutadora de su verdadera naturaleza.

El n. 2 de la Constitución apostólica emanada por el Papa Juan Pablo II para la publicación del *Catecismo* da razón, especialmente en su párrafo final, de lo que decimos, aunque lo haga indirectamente pues quiere acentuar de manera más directa la colegialidad como causa que no su efecto. El texto dice así: «Podemos decir ciertamente que este Catecismo es fruto de una colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia Católica, que ha acogido cumplidamente mi invitación a corresponsabilizarse en una iniciativa que atañe de cerca a toda la vida eclesial. Esta respuesta suscita en mí un profundo sentimiento de gozo, porque el concurso de tantas voces expresa verdaderamente los que se puede llamar «sinfonía» de la fe. La realización de este Catecismo refleja así la naturaleza colegial del Episcopado y atestigua la catolicidad de la Iglesia»².

La Iglesia Católica como tal es la autora del *Catecismo*: la Iglesia pluriforme en su faz histórica, inculturada en tantas formas de cultura humana. Esta Iglesia se presenta con segura conciencia, ante todos los hombres, como testigo de la plena Verdad revelada por Dios, de la única Verdad que salva, y no pretende mostrarse en el *Catecismo* como maestra de un discurso teológico que entrase en el río de las corrientes teológico-culturales del momento. Ofrece lo que tiene, lo que vive (en realidad, a Cristo), poniendo en ejercicio su *munus propheticum*, dando un testimonio autorizado y auténtico de la voluntad salvífica divina realizada en Cristo. En este sentido, como venimos diciendo, el *Catecismo* es esencialmente un texto magisterial.

De manera implícita sostiene esta misma idea la Constitución Apostólica *Fidei depositum*, al señalar que: «Un catecismo debe presentar fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la Tradición viva en la Iglesia y del Magisterio auténtico, así como la herencia espiritual de los Padres, de los santos y santas de la Iglesia, para permitir conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe del Pueblo de Dios. Debe tener en cuenta las explicitaciones de la doctrina que el Espíritu Santo ha sugerido a la Iglesia a lo largo de los siglos. Es preciso también que ayude a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas y los problemas que en el pasado aún no se habían planteado»³.

2. JUAN PABLO II, Const. Ap. *Fidei depositum*, 11.X.1992, n. 2.

3. *Ibid.*, n. 3.

En un Documento de estas características no cabe buscar, técnicamente hablando, posturas teológicas de fondo, es decir, catalogables o adscribibles a determinadas orientaciones de carácter científico. Aunque el *Catecismo*, como ya ha sido dicho, haya sido elaborado conforme al lenguaje característico del discurso doctrinal cristiano, y tenga, en consecuencia, el sonido y el aspecto del discurso teológico, pertenece sin embargo a otro orden. Lo interesante no está en esforzarse en diferenciar en el *Catecismo* unas líneas teológicas o un marco teológico a los que se pudiera llegar externamente, y en los que podría acabar encontrándose, en buena medida, lo que se quisiera encontrar. Lo interesante está en alcanzar lo que pudiéramos llamar «el alma teológica» del *Catecismo*, descubrir su espíritu, que se manifiesta en la corriente magisterial en la que brota, en sus ejes internos, en la autoexpresión de su identidad.

Sólo bajo este punto de vista y en este sentido me parece perfectamente legitimada la lectura teológica, y como tal analítica, del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Sólo aceptado como tal, y analizado ya, en consecuencia, como desde dentro, pueden apreciarse las claves de su naturaleza teológica específica: su origen, su finalidad, su destino. Mirarlo de otro modo, como desde fuera, como un producto teológico actual, para encontrarlo lleno de «aciertos» o eventuales «desaciertos»..., pensando cómo nosotros lo hubiéramos hecho..., juzgando conforme a nuestra particular posición intelectual..., sería sencillamente perder el tiempo.

Más aún, pienso que se debe afirmar que sólo si se ha alcanzado a comprender lo que hemos llamado su «alma teológica», será posible realizar el sucesivo trabajo —tan intensamente subrayado en cuantas intervenciones oficiales se han producido en torno al *Catecismo*— de elaborar cateismos locales que tengan en éste el punto de referencia.

Sobre la identidad teológica del «Catecismo de la Iglesia Católica»

a) Su íntima conexión con el Concilio Vaticano II

La primera y principal clave para acceder al interior del *Catecismo* consiste en valorar y entender de modo justo su proclamada conexión con las enseñanzas conciliares. Esta es, sin duda, la cuestión fontal de cuantas, enlazadas entre sí, establecen la identidad teológica de nuestro Documento.

Es sumamente orientador a este respecto el subtítulo añadido a la Constitución Ap. *Fidei depositum*, con el que se quiere indicar no sólo su

finalidad (la publicación del texto) sino sobre todo la finalidad del propio *Catecismo*: «escrito en orden a la aplicación del Concilio Ecuménico Vaticano II». Si tal es su finalidad, tal ha de ser también la fuente principal de su identidad teológica. Toda la Constitución —cuyo análisis es central para progresar en la reflexión que estamos haciendo— acentúa de principio a fin, a mi entender, esa circunstancia⁴.

Significa esto que el *Catecismo* está plenamente inmerso en la corriente de renovación eclesial iniciada por el Vaticano II, y continuada bajo los pontificados de Pablo VI y Juan Pablo II. Las claves del proceso de renovación conciliar son también, por esa razón, las claves más profundas del *Catecismo*, e incluso él mismo es un elemento importante de dicho proceso. Así se encuentra perfectamente expresado en la Constitución⁵.

Una lectura teológica del *Catecismo* ha de partir de este presupuesto real y sabrá advertirlo a lo largo de sus páginas. En ellas está latiendo aquel *dinamismo de renovación*, de ánimo evangelizador positivo, de sincera apertura a una necesaria inculturación que caracteriza el singular hecho histórico, doctrinal, pastoral y, por supuesto, cultural que ha sido el Vaticano II. Quien no advierta estas instancias en el *Catecismo* (ese dinamismo, esa solitud), podrá acceder a él, pero no teológicamente; podrá enjuiciar sus contenidos, pero no desde su última y más valiosa clave; podrá entender lo que dice, pero quizá no entienda por qué lo dice... El *Catecismo* respira en esa atmósfera, ha nacido precisamente para llevar a la práctica la profundización de los católicos en las enseñanzas conciliares, para facilitar una más perfecta adhesión a ellas⁶.

4. Si el subtítulo ya señalado pone de manifiesto significativamente la finalidad del *Catecismo* desde el principio, la última frase de la Constitución (aquella en la que se menciona el lugar y fecha de publicación) no es menos significativa: «*Dado el 11 de octubre de 1992, trigésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II y año decimocuarto de mi pontificado*». Se ha elegido, evidentemente, una fecha emblemática, dotada de cierta elocuencia propia: en cierto modo parece sugerir que a los treinta años de inaugurar el Concilio este *Catecismo* contribuye a cerrarlo. De esto hablamos más adelante.

5. Particularmente en su n. 1, en el que se hace un breve repaso histórico sobre la conjunción del espíritu de renovación del Concilio con el *Catecismo*, que hace de éste un: «*texto de referencia* para una catequesis renovada en las fuentes vivas de la fe».

6. La Constitución *Fidei depositum* al aludir al Sínodo extraordinario de 1985, convocado a los veinte años de la clausura del Concilio y del que brotó el deseo de redactar un *Catecismo* universal, manifiesta, en efecto, que el fin de aquella asamblea (e indirectamente, podemos inferir, el del futuro *Catecismo*) «era dar gracias y celebrar los frutos espirituales del Concilio Vaticano II, profundizando en sus enseñanzas para una más perfecta adhesión a ellas y promoviendo el conocimiento y aplicación de las mismas» (n. 1).

Pero no sólo se sitúa en la línea de aplicación y desarrollo del dinamismo renovador conciliar, sino que al mismo tiempo —cuestión central según mi punto de vista— encauza dicho dinamismo hacia un elemento esencial de la vida de la Iglesia: la formación básica de los fieles, en la que se sostiene el desarrollo de la misión evangelizadora. La formación doctrinal, moral, espiritual de los bautizados es la única verdadera vía de evangelización de la sociedad y de inculturación del Evangelio, y en este sentido debe tenerse en cuenta que el *Catecismo* no sólo ha nacido del dinamismo conciliar sino que lo lleva además en sí y consigo, y lo ayudará a traducir —con deseable y esperable efectividad práctica— en una revitalizada propuesta formativa para los católicos. Estamos, sin duda, ante un acontecimiento de extraordinaria importancia, aunque pueda pasar desapercibido para la mayor parte de los fieles.

El dinamismo renovador del Concilio Vaticano II, que ya había llegado a informar otros dos centros neurálgicos de la Iglesia, como lo ponen de manifiesto las renovaciones litúrgica y canónica, llega ahora al tercero de ellos por el camino más connatural y con el instrumento más adecuado. Un pasaje de la Constitución que venimos citando permite sostenerlo así y nos invita a profundizar en dicha idea. Dice así: «Tras la renovación de la Liturgia y el nuevo Código de Derecho Canónico de la Iglesia latina y de los Cánones de las Iglesias orientales católicas, este *Catecismo* es una contribución importantísima a la obra de renovación de la vida eclesial, deseada y promovida por el Concilio Vaticano II»⁷.

Subraya este pasaje de la Constitución —¡y atención, porque éste es un punto teológico clave del *Catecismo*, por pertenecer a la intencionalidad de su elaboración!— un paralelismo implícito entre la finalidad buscada con la renovaciones litúrgica, canónica y catequética de los años postconciliares. Si la realización y puesta en práctica de la reforma litúrgica orienta la fuerza del dinamismo renovador conciliar al ámbito de ejercicio del *munus sanctificandi* de la Iglesia; y si la realización y puesta en práctica de la reforma canónica contribuye a infundir dicha fuerza en el ámbito del *munus pastoralis* o *munus regendi*; la publicación del *Catecismo* y de los que en él se inspirarán, infundirá poco a poco esa misma savia revitalizadora y renovadora en el ejercicio práctico del *munus docendi*. Este hecho, vuelvo a repetir, reviste una extraordinaria importancia para el desarrollo de la misión evangelizadora de la Iglesia en la sociedad contemporánea, que debe realizarse por medio de una íntima compenetración entre el Evangelio y las culturas.

7. *Ibidem*.

A nadie se le oculta además que, al constituir el *Catecismo* un hito en la aplicación del dinamismo renovador conciliar, al introducirlo en la corriente vital de la que se alimenta la Iglesia —como lo han hecho la reforma litúrgica y la renovación canónica—, lo lleva por así decir a un punto sin retorno: lo convierte en fundamento del progreso histórico de la Iglesia y de su misión. En unión con los textos litúrgicos y canónicos post-conciliares, el *Catecismo de la Iglesia Católica* contribuye a cerrar una etapa abierta hace más de treinta años, tan importante para la Iglesia contemporánea.

b) *Al servicio de la comunión en la Iglesia*

Una segunda clave teológica del *Catecismo* gira en torno al concepto de comunión y a su desarrollo en la doctrina eclesiológica actual. Principalmente a partir del Concilio Vaticano II ha ido adquiriendo cada vez mayor consistencia la consideración teológica del misterio de la Iglesia como misterio de comunión. Con sólidos antecedentes en la eclesiología del Cuerpo Místico pero sostenida al mismo tiempo en la comprensión de la Iglesia como Pueblo de Dios, y con un firme fundamento trinitario y escatológico, la eclesiología de comunión expresa con gran profundidad el contenido esencial del misterio de la Iglesia, como vemos en las exposiciones de los teólogos y en las enseñanzas y orientaciones del Magisterio. Una buena prueba nos la ofrece, por ejemplo, la reciente *Carta* de la Congregación para la Doctrina de la Fe⁸.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* ha sido elaborado y publicado «al servicio de la comunión» y pide ser recibido con «espíritu de comunión»⁹. Ambas expresiones merecen ser analizadas con objeto de subrayar su significado teológico, en el que hay una clave para nuestra lectura.

Las mencionadas expresiones —u otras en las que intervenga la noción de «comunión eclesial»— están, sin duda, llenas de sentido cuando se utilizan en un plano de reflexión eclesiológica por así decir histórico-existencial, en el que el acento teológico recae sobre los fieles que forman la Iglesia y sobre su mutua caridad. Pero ciertamente sólo pueden ser comprendidas en un sentido pleno cuando la comunión se contempla desde la

8. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta* a los Obispos de la Iglesia Católica «sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión», 28.V.1992.

9. Cf. Const. Ap. *Fidei depositum*, n. 4.

perspectiva más honda del misterio de la Iglesia, es decir, cuando el acento teológico recae sobre la real y misteriosa estructura de comunión que la Iglesia es, tal como ha sido querida por Dios. La Iglesia es en sí misma, por esencia, lo que en ella se nos da: comunión con el Padre y con los hombres en el Hijo por el Espíritu Santo. Y porque es así, y está realizada así en la historia a través de la santa humanidad de Cristo, conforma según esa estructura a los que se incorporan a ella por medio del Bautismo. Somos y formamos una comunión en la mutua caridad porque la Iglesia que nos acoge es comunión según el inefable misterio de la caridad de Dios. El misterio que da estructura a la Iglesia es anterior a la realidad estructurada que constituimos en ella, aunque ambas cosas (misterio de comunión en el que somos recibidos y realidad de comunión que formamos) sean la misma realidad esencial de la Iglesia.

El significado teológico de algo que está «al servicio de la comunión» no se agota, por tanto, simplemente en el plano de la comunión histórica que formamos, sino que debe ser buscado previamente en el del misterio de comunión que nos recibe. Y, análogamente, recibir ese algo «con espíritu de comunión» no significa simplemente una llamada a mostrar actitudes coherentes con la comunión que formamos, sino antes y sobre todo con el misterio de amor que nos conforma como Iglesia.

El *Catecismo de la Iglesia Católica*, conforme se lee en la Constitución que lo ha hecho público, está al servicio de la comunión y exige una recepción con espíritu de comunión. Precisamente por eso, una de las cosas teológicamente más serias que se pueden decir de él se encierra en las siguientes palabras del Papa Juan Pablo II: «Lo reconozco como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe»¹⁰. Estas palabras, a la luz de lo que acabamos de comentar sobre la comunión que somos y formamos, tienen un gran interés y permiten extraer importantes consecuencias. Me permito señalar al menos una, para retomar así la temática de principio: la del carácter de documento magisterial del *Catecismo*, esto es, la de su pertenencia al ámbito del misterio conformante de la comunión eclesial.

Para apreciar con mayor nitidez esta realidad debemos leer una frase casi inmediatamente posterior a la que acaba de ser citada: «La aprobación y la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la Santa Iglesia católica, a todas las Iglesias particulares en paz y comunión con la Sede apostólica de Roma:

10. *Ibidem*.

el de sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cf Lc 22,23), así como de reforzar los vínculos de unidad en la misma fe apostólica»¹¹. Es decir: el *Catecismo* está «al servicio de la comunión» precisamente como «un servicio del Sucesor de Pedro a la Iglesia». El significado teológico de este repetido término («servicio») debe ser buscado, pues, en el plano en el que esas palabras del Papa lo sitúan, que es el de la estructura del misterio de la Iglesia terrena.

No es el contenido del *Catecismo* una doctrina que se nos entrega solamente para ayudarnos a conformar la comunión existencial que formamos, sino que se nos da como expresión y cauce de conformación que nos antecede. No se da sólo para ayudarnos a «estar de acuerdo», sino como expresión de la adhesión a la doctrina enseñada por la Iglesia (por su Magisterio), que nos precede. El *Catecismo* está en el plano de lo que nos hace ser comunión, y no sólo en el plano de la comunión que formamos.

Bajo esta perspectiva teológica debe también leerse, en mi opinión, la petición que hace el Papa a los pastores de la Iglesia para que «reciban este Catecismo con espíritu de comunión y lo utilicen constantemente cuando realizan su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica»¹². Recibir el *Catecismo* con espíritu de comunión es, evidentemente, algo más hondo que recibirlo simplemente con buena disposición, con actitud de positiva aceptación y hasta con agrado. El acento teológico está desplazado no tanto hacia el hecho de la recepción, cuanto hacia el espíritu de comunión con que ésta debe realizarse. Se pide, en realidad, que sea recibido sin desvincularlo del orden en el que viene ofrecido: el del servicio de Pedro a la Iglesia universal, esto es, el de su ministerio apostólico. El significado teológico de la petición no consiste simplemente, en consecuencia, en manifestar una unidad externa en torno al *Catecismo*, sino sobre todo en verlo como un testimonio de la profunda unidad interna del misterio de la Iglesia, de la que en realidad procede. No es el *Catecismo* el que construye la comunión, sino a la inversa: es en la comunión de la Iglesia donde este texto ha sido concebido, elaborado y publicado como *Catecismo*. Sólo puede ser recibido como tal con espíritu de comunión, y sin este espíritu la recepción carecería de su significado teológico propio, y quedaría supeditada a otros aspectos.

Así, por ejemplo, en algunos casos el *Catecismo* se ha recibido con curiosidad, con una expectación quizá desequilibrada y hasta con críticas.

11. *Ibidem*.

12. *Ibidem*.

Son formas de recepción sin espíritu de comunión, que encuentran su explicación en un plano muy diverso de aquel en el que viene ofrecido el *Catecismo* a la Iglesia, que es el plano de lo que nos hace ser comunión antes incluso de que la formemos. Fuera de él, la comunión eclesial sería como mucho consenso —lo cual es un inmenso empobrecimiento racional del misterio revelado de la Iglesia—, y el *Catecismo* sería no tanto un catecismo cuanto un texto teológico...

La fuerza teológica del espíritu de comunión que la recepción del *Catecismo de la Iglesia Católica* reclama, se pone particularmente de manifiesto en la relación por así decir originaria y definitoria entre éste y los futuros catecismos locales que serán compuestos a partir de él. «Este Catecismo no está destinado a sustituir a los catecismos locales debidamente aprobados por las autoridades eclesiásticas, los obispos diocesanos y las Conferencias episcopales, sobre todo cuando estos catecismos han sido aprobados por la Santa Sede. El *Catecismo de la Iglesia Católica* se destina a alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos locales que tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero que guarden cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica»¹³.

He ahí, por tanto, la fuerza de comunión que le anima, y que por eso mismo reclama. Me parece encontrar certeramente expresada esta idea en las siguientes palabras del Card. Ratzinger: «Transfundiendo el mensaje evangélico en la cultura y en el lenguaje de un determinado ambiente, compete a los catecismos locales tratar de dar una respuesta apropiada a las expectativas y a los problemas peculiares de un determinado país, de una concreta parte del mundo, de una cierta categoría de personas. Se podrá realizar así, precisamente a través del *Catecismo de la Iglesia Católica*, una «especie de ósmosis» entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares, que contribuye a la construcción de la unidad en la universal comunión de la Iglesia»¹⁴. Recibido con espíritu de comunión, el *Catecismo* será un nexo entre Iglesia universal e Iglesias particulares, «un instrumento para la participación activa de todos en el testimonio y en el anuncio de la fe»¹⁵.

13. *Ibidem*.

14. Card. J. RATZINGER, *Catecismo e inculturación*, relación presentada en la VIII Sesión plenaria del Consejo internacional para la Catequesis (24.IX.92); texto en «Il Regno» 19 (1992) 585-587; aquí, 586.

15. *Ibidem*, 587.

c) *El lugar central de Cristo*

La tercera y última de las claves de lectura teológica de nuestro *Catecismo* que considero necesario resaltar es su profundo cristocentrismo, y está perfectamente sintetizada en un pasaje de la Constitución *Fidei depositum*, que dice así: «En la lectura del *Catecismo de la Iglesia Católica* se puede percibir la admirable unidad del misterio de Dios, de su designio de salvación, así como el lugar central de Jesucristo Hijo único de Dios, enviado por el Padre, hecho hombre en el seno de la Santísima Virgen María por el Espíritu Santo, para ser nuestro Salvador. Muerto y resucitado, está siempre presente en su Iglesia, particularmente en los sacramentos; es la fuente de la fe, el modelo del obrar cristiano y el Maestro de nuestra oración»¹⁶.

Todo es cristocéntrico en la vida de la Iglesia católica: su ser, su misión, sus funciones, ministerios y carismas, sus dones, su doctrina y enseñanza... Ella misma es el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, que continúa en la tierra su obra redentora bajo la acción del Espíritu Santo. Nada tiene la Iglesia que no sea a Cristo glorioso; nada sabe, sino lo que Él es y lo que a Él se refiere; de nada habla, sino de lo que tiene su fundamento y su significado en el misterio de salvación realizado en Cristo... *Mihi autem vivere, Christum est* (Fil 1, 21), repite la Iglesia con San Pablo, y con él continúa: *vivo autem iam non ego, vivit vero in me Christus* (Gal 2, 20).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* es enteramente cristocéntrico, como señala el Papa en el pasaje que acabamos de transcribir. Debía serlo por necesidad, como debía así mismo, en conformidad con la tradición católica y con su inmediata conexión con el Concilio Vaticano II, desarrollar su alma cristocéntrica según una justa perspectiva trinitaria y económico-salvífica, tanto por lo que se refiere a la sistemática seguida (basada en el *Catecismo Romano*) como a la metodología utilizada en la exposición¹⁷.

«El *leitmotiv* que lo atraviesa es el tema de la *economía divina*. Así, la primera parte expone la economía de la revelación, que culmina en el misterio de Cristo. El primer artículo del Credo profesa sobre todo las ver-

16. *Cons. Ap. Fidei depositum*, n. 3.

17. Uno de los máximos responsables de la elaboración del catecismo ha declarado: «La redacción se ha esforzado en hacer emerger claramente las verdades de fe en su fundamento trinitario. Señalaría en particular la exposición sobre la creación, la Iglesia, la liturgia y la oración. Junto al misterio trinitario existe un segundo fundamento al que las demás verdades de la fe deben referirse: el misterio de Cristo. Si el Catecismo es profundamente trinitario, es por el mismo título también cristocéntrico. En plena fidelidad a lo que ha pedido *Catechesi tradendae*» (Mons. Schönborn, *Nuovo Catechismo. I criteri di redazione*, entrevista en «Il Regno-attualità» 20 (1992) 586.

dades referidas a la vida misma de Dios en su misterio trinitario. Toda la economía divina no tiene otra fuente ni otra meta que esta vida en Dios. Después de articula según los grandes movimientos para la comunicación de esta vida: la obra de la creación y del gobierno divino (providencia), la obra de la redención en Cristo y la obra de la santificación en el Espíritu Santo, a través de la Iglesia. La segunda parte prolonga explícitamente esta perspectiva de la economía: en el tiempo de la Iglesia pasa a ser economía sacramental. Todos los dispositivos de la vida litúrgica se sitúan así como dispensación del misterio: signos, tiempos, sacramentos y sacramentales. El tema de la economía divina es menos evidente en la tercera parte. Aparece sin embargo visible en el tratamiento de la ley y de la gracia, que indican las disposiciones divinas para ayudarnos a vivir según Dios. Está en cambio muy presente en la cuarta, en la oración»¹⁸.

Esta larga cita, interesante como testimonio sobre los criterios redaccionales, ilustra el sentido hondamente católico del cristocentrismo que empapa el *Catecismo*. La entera economía divina (creación-redención-glorificación) es manifestación y comunicación de la vida misma de Dios al hombre en Cristo y en el Espíritu Santo. El cristocentrismo ilumina, al mismo tiempo, el significado del teocentrismo cristiano y del verdadero antropocentrismo que en él se funda. «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre, y le descubre la sublimidad de su vocación», enseña el Concilio Vaticano II en un conocido pasaje¹⁹, que es por cierto el texto conciliar más citado en el *Catecismo*. Y concluye diciendo: «Nada hay, pues, de extraño en que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona»²⁰.

Nada de extraordinario, podemos también concluir nosotros, en que todo esté organizado en el *Catecismo de la Iglesia Católica* en torno a ese Centro, y que en Él se halle la tercera y más radical de sus claves de lectura teológica.

Antonio Aranda
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

18. *Ibidem*.

19. Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22.

20. *Ibidem*.